

do con la superior inteligencia de que otros se hallan dotados. No se necesita para alcanzar la gloria eterna el ser profundos filósofos, el investigar los arcanos de la ciencia. Conocer la ley del Señor, saber los artículos de nuestra Religión, hé aquí toda la ciencia de que habéis menester, y que nosotros os daremos. Sabiamente ha prescrito nuestro digno Prelado, que también en la tarde de los domingos se os parta el pan de la palabra de Dios. Sed asiduos en frecuentar el templo, y escucharéis el catecismo explicado por nosotros en términos fáciles y sencillos, que estén al alcance aun de los más rudos entendimientos.

La paz sea con vosotros, cristianos fervientes, que deseáis conocer las verdades reveladas por Dios en la Escritura, pero que careciendo de tiempo y oportunidad para hojear el sagrado volumen, veis frustrados vuestros justos deseos. Yo procuraré satisfacerlos, explicándoos en lecciones fáciles, sí, pero amplias y razonadas, los Libros Santos del antiguo y nuevo Testamento. Cuando acabéis de ornar de flores el altar de nuestra Madre María, empezaré mi larga tarea; acudid á escucharme, que si sois asiduos no os cederé en tesón y constancia.

La paz sea con vosotros, fieles devotos, que distraídos por interminables ocupaciones del servicio de Dios, os habéis quizá descarriado, habéis olvidado vuestro último fin y vuestra misión sobre la tierra, y deseáis, cual Ignacio en Manresa, retiraros algunos días del bullicio del mundo y volver sobre vuestros pasos. Nuestros esfuerzos se dirigirán á proporcionaros sitio y oportunidad para tan saludable ejercicio; y ya sea por nosotros mismos, ya por más hábiles directores, procuraremos

aplicar las medicinas convenientes á los males que os aquejan.

La paz sea contigo, tierna edad de la inocencia y de la sencillez. A tí principalmente se dirigirá nuestra paternal solicitud. Dentro de pocos días vais á presenciar, Hermanos míos, el magnífico y tierno espectáculo de la primera comunión de niñas, que van á ofrecer solemnemente su corazón, aún virgen, á Jesús sacramentado, que se reposará por primera vez en su pecho. Este acto tan importante de la vida, queremos que de hoy en adelante se celebre por todos con cristiana pompa y santa solemnidad. Queremos que ningún niño se acerque á la sagrada Mesa sin que preceda una larga preparación; sin que sepa perfectamente la excelencia del celeste banquete á que es admitido. De aquí es que el derecho que tenemos los párrocos de suministrar por nosotros mismos el Pan de los ángeles á nuestras propias ovejas, nos lo reservamos desde hoy, para todos los que se apresten á participar por primera vez del celestial convite. Fijaremos con oportunidad los días en que ha de tener lugar esta solemnidad, para que con tiempo nos presentéis á los niños que hayan de ser admitidos á tanta gloria, y reciban de nuestros labios la conveniente instrucción.

¡Dios de bondad! Confirma lo que has obrado en nosotros. Manda á tu Divino Espíritu sobre estos fieles, ávidos de recibirlo; crea en ellos un corazón limpio, y enciende en sus pechos la hoguera del divino amor, para que gocen en esta vida de la santa paz, que sólo de Tí proviene, y vayan por fin á recrearse con tu vista en el cielo. Así sea.

HOMILÍA

PREDICADA EN LA CATEDRAL DE MONTERREY EL DÍA DE PENTECOSTÉS,
28 DE MAYO DE 1882.



*Et factus est repente de caelo sonus tanquam
advenientis spiritus vehementis, et replevit to-
tam domum ubi erant sedentes.*

Y vino de repente un estruendo del cielo, co-
mo de viento que soplabá con ímpetu, y llenó
toda la casa en donde estaban sentados.

ACT. II, 2.

GRANDES sobremanera son los beneficios que el Señor se ha dignado hacernos en el día solemne cuyo aniversario conmemoramos. Llenémonos, pues, de santo regocijo, os diré con el Crisóstomo: estamos de fiesta los fieles, está de fiesta nuestra Madre la Iglesia. De la misma manera que nos regocijamos al cesar el invierno, y nos henchimos de alegría al saludar los primeros rayos del sol estival, ó los primeros frutos del otoño, así debe animarnos un júbilo

santo, al sucederse en la Iglesia de Cristo, una festividad á otra festividad. *Quemadmodum in quatuor anni tempestatum ac solstitiorum vicissitudine alteri succedit altera: sic nimirum et in Ecclesiâ Domini festivitas dum festivitati succedit, ad sese mutuo nos transmittunt.*

Hace siete semanas celebrábamos los misterios de la Cruz y la triunfante resurrección del Salvador; hace cinco meses que la Epifanía del Señor traía consuelo á nuestras almas: y entre una y otra fiesta ¡cuántas solemnidades, cuántas conmemoraciones, cuántas festividades menores! ¿Luego siempre está la Iglesia de fiesta? (preguntaréis) ¿Por qué convocarnos entonces de una manera especial en este día, y excitar nuestra devoción con más empeño que de ordinario? Nuestro amor á la santa Iglesia, nuestra piedad filial, nuestro fervor, deben ser, en efecto, constantes y manifestarse todos los días y á todas horas, os responderé con el mismo Crisóstomo. Pero así como rica señora, aunque ostente de continuo sedas y joyas, galas y atavíos, en ciertas ocasiones se complace en desplegar mayor lujo, y en adornarse con recamada vestidura, de flotante cauda y anchísimas faldas, así también la Madre Iglesia en algunas solemnidades especiales congrega con mayor ahinco á sus hijos, que forman, según la expresión del Profeta, su más valiosa túnica nupcial, su más espléndido traje de bodas. *Omnes istos circumdabis tibi ut ornamentum sponsi, et ut stolam sponsæ.* (ISAI. XLIX, 18.)

Me enorgullece, por tanto, amados Hijos, el veros apiñados en este santo templo, formando vistosísimo y variado manto á la santa Iglesia católica, que reconocéis y aclamáis por Madre y Señora. ¡Cubra el cielo mis ojos de espesa nube antes que verla desnuda en solemnidad

semejante! Si el desdichado hijo de Noé no pudo escapar de tremendo castigo, por haber mirado á su padre despojado de sus vestiduras, ¿qué sería de nosotros si no sólo clavásemos la vista en nuestra augusta Madre, sin el regio manto que debe cubrirla, sino que contribuyésemos á arrancarlo de sus hombros, dejando en este día vacío su templo, y alejándonos de su altar?

¿Por qué, siendo tan grandes las solemnidades de la Epifanía y de la Pascua, llama el Crisóstomo á la fiesta que hoy celebramos, la madre, el centro, la metrópoli de todas las fiestas. *Metropolis festorum?* Él mismo nos lo dice. Mil y mil bienes han llovido del cielo sobre el género humano; pero de la calidad y magnitud de los que ahora nos inundan, nunca jamás. Cayó á la tierra el maná divino, y dió el Señor á los hombres el pan de los ángeles; envió Dios fuego del cielo sobre los Israelitas, que corrigió á su pueblo y consumió los sacrificios; dióles lluvia abundante que mitigó su sed y trajo multitud de suavísimos frutos. Hoy, ni maná, ni fuego, ni lluvia nos manda el Señor, sino un aguacero de dones espirituales, una tormenta de gracias divinas, no para fecundar el suelo, sino para divinizar nuestra humana naturaleza. No nos ha enviado el pan de los ángeles, ni á los ángeles mismos; sino lo que es más admirable, ha trasformado á los hombres en ángeles.

En efecto, no bajaron del cielo esos insignes varones, que hoy por primera vez contemplamos predicando audazmente al Crucificado. No son espíritus puros esos Apóstoles que vemos salir del Cenáculo y desafiar á los tiranos y perseguidores. La antigua maldición que pronunciara el Señor en el Paraíso, al decir al primer hom-

bre: *polvo eres y al polvo has de volver*, hoy en cierto modo deja de ser pena, al mostrar el Divino Espíritu lo que puede hacer con un poco de tierra, con un puñado de polvo miserable. Era de barro la lengua que amenazaba á los demonios, de barro la mano que sanaba las enfermedades. ¿Qué digo? la sombra del cuerpo de lodo de un pobre pescador de Galilea obraba estupendos prodigios. Como al rayar la aurora se disipan las tinieblas, huyen las bestias feroces á sus madrigueras, se retiran los ladrones á sus cavernas, se refugian los asesinos en la cumbre de los montes; así al aparecer Pedro lleno del Paráclito, se disiparon las tinieblas del error, huyó Satanás á su lóbrego reino, perdieron su fuerza las potestades infernales, su influencia los falsos dioses, su vigor las dolencias corporales, y se presentó al mundo la Iglesia de Cristo grande, vigorosa, robusta y sublime desde la cuna.

Al conmemorar la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, celebramos el enaltecimiento de nuestra humana naturaleza, la fundación definitiva de la Iglesia, el principio de esa serie de luchas, de esa cadena no interrumpida de combates y victorias, de triunfos y retiradas, de desastres parciales y continuos asaltos, que sólo terminarán al acabar el mundo, y que todos los cristianos tenemos que presenciar, sea cual fuere el siglo en que nos toque nacer. Hemos venerado al Redentor, al que es Hijo unigénito del Padre, y al mismo tiempo hermano nuestro y primogénito de toda creatura. Hoy nos toca adorar al Abogado, al Consolador de nuestras almas, al Inspirador de todo lo bueno, al Espíritu de amor, que procede del Padre y del Hijo.

Ved, pues, si hay motivo para excitaros á elevar hoy muy alto vuestros corazones, y entonar con duplicado entusiasmo las alabanzas del Señor. Ved si hay motivo para que animado yo mismo del fuego celeste que enciende el Paráclito, suba del altar á la cátedra sagrada, á anunciaros con mis propios labios las dulzuras de aquel Espíritu que me hizo vuestro Pastor y vuestro Obispo: *vos Spiritus Sanctus posuit pastores et Episcopos*.

El Evangelio de este día habla de la promesa de Jesucristo de enviar al Espíritu Santo; la Epístola narra el cumplimiento de la promesa, y los hechos maravillosos que lo acompañaron y siguieron. He preferido, por tanto, explicaros la segunda en mi breve Homilía, en que, según costumbre, iré repitiendo y comentando palabra por palabra el texto inspirado, y para terminar deduciré las consecuencias, y haré las reflexiones más adecuadas á vuestras circunstancias, imitando en ello al Crisóstomo, que me ha servido de guía en las palabras que tengo pronunciadas, y me seguirá sirviendo hasta el fin de mi plática. ¡Quiera el Paráclito no negarme su ayuda, ni la Virgen Madre su intercesión!

I

Tocaban á su complemento los cincuenta días que debían transcurrir desde la fiesta que conmemoraba la salida de Egipto, hasta la solemnidad establecida en memoria de la promulgación de la Ley en el Monte Sinaí. *Dum complerentur dies Pentecostes.* Era Jerusalén una ciudad comparativamente pequeña; y si en tiempos ordinarios se hubiesen verificado los misterios de nuestra redención, muy pocos habrían sido testigos de los mismos. Quiso, por tanto, el Señor que los grandes acontecimientos que debían cambiar la faz de la tierra, coincidiesen con las grandes solemnidades judaicas. Una gran multitud, reunida para celebrar la Pascua, y que apenas podía contener en su recinto la Ciudad Santa, asistió al inicuo suplicio de Jesús en el Calvario, y gritó delante de Pilatos: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos: *sanguis ejus super nos et super filios nostros.* También ahora una incontable muchedumbre de todas las partes del mundo conocido, va á ser testigo de la transformación de los pescadores de Galilea en sabios, valerosos, elocuentes predicadores del Evangelio; va á escu-

char el estallido del trueno celeste, que anunciará la venida del Divino Espíritu. De los continentes de África y de Europa, de las islas del mar Tirreno y del Egeo, de todas las regiones del Asia, han venido varones religiosos, que asistirán asombrados al nacimiento de la Iglesia de Cristo, y á la muerte de los antiguos ritos que acompañaban la fiesta de Pentecostés.

Observa San Gregorio de Nazianzo que las naciones, las sectas filosóficas, las comuniones religiosas, han acostumbrado tener algún número favorito, á que han atribuido comunmente alguna virtud especial, algún significado místico ó simbólico, ó por lo menos alguna particular excelencia. Vemos, en efecto, que en la época moderna el número diez obtiene el principado, el sistema decimal impera en la tierra, y se considera poco menos que hijo de las tinieblas al que pone en duda su incuestionable superioridad.

Los discípulos de Pitágoras reverenciaban el número cuatro; el ocho y el treinta eran mirados por los Simonios y Marcionistas con supersticiosa veneración. Los libros revelados habían enseñado á los Hebreos á honrar el número siete sobre todos. El séptimo día estaba destinado al descanso; y no sólo contaban semanas de días, sino semanas de semanas, como la que transcurría desde Pascua hasta Pentecostés, y semanas de años, como eran los intervalos entre Jubileo y Jubileo.

A aguardar al Divino Espíritu, distribuidor de los siete dones que enumera Isafas, se habían congregado los doce Apóstoles (Matías llenaba ya el puesto del traidor), los discípulos y las piadosas mujeres que habían seguido á Jesús, y con ellas su Santísima Madre, enco-